

CAPÍTULO XXI.

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

Cuenta Simeon Metafraste en la vida de san Juan Limosnero, arzobispo de Alejandría, que un hombre rico tenia un hijo á quien amaba mucho, y para alcanzar de Dios que le conservase la vida y salud, rogó al Santo que hiciese oracion por él, y dióle mucha cantidad de oro, que distribuyese en limosna á pobres, por esta intencion. Hízolo así el Santo; y al cabo de treinta dias el hijo murió. Quedó el padre tristísimo, pareciéndole que la oracion y limosna que por él se habia hecho habia sido en vano; y sabiendo el Patriarca su tristeza, hizo oracion por él pidiendo á Dios que le consolase. Oyó Dios su oracion, y envió una noche un santo Ángel del cielo que apareció al hombre, y le dijo que supiese que la oracion que por su hijo se habia hecho, Dios la habia oido, y que por ella su hijo estaba vivo y salvo en el cielo, y que le convino morir en el tiempo que murió, para salvarse; porque si viviera, habia de ser malo, y se habia de hacer indigno de la gloria de Dios. Y díjole mas: que supiese que ninguna de las cosas que acontecen en esta vida, viene sin justo juicio de Dios, aunque las causas de sus juicios sean á los hombres ocultas:

que por esto el hombre no debe dar lugar á tristeza desordenada, sino recibir con ánimo paciente y agradecido las cosas que Dios ordena. Con este aviso del cielo quedó el padre del difunto consolado y animado á servir á Dios.

En el lib. 2, cap 12 de la historia Tebea se cuenta una singular merced que hizo san Mauricio, capitán que fue de la legion Tebea, á una señora muy devota. Tenia esta un hijo solo, al cual, para que con tiempo se criase en religiosas costumbres, al fin de su tierna edad lo consagró en el monasterio de san Mauricio, bajo el cuidado y gobierno de los monjes, como se acostumbraba en aquellos tiempos; y lo hicieron sus padres con Mauro y Plácido, y otros algunos nobilísimos romanos, en tiempo de san Benito, y muchos años despues con santo Tomás de Aquino en el monasterio de Monte Casino su madre Teodora, y sus hermanos los condes de Aquino. Crióse en el monasterio este único hijo de esta señora en las letras y costumbres, y en la diciplina monástica muy bien, y ya en el coro juntamente con los monjes habia comenzado á cantar suavísimamente; pero sobrevinóle una calentura pequeña, de la cual murió. Vino la desconsolada madre á la iglesia, y con infinitas lágrimas acompañó al muerto hasta la sepultura; pero no bastaron las muchas lágrimas á templar el dolor de la madre, ni

para que dejase de ir cada dia á la sepultura á llorar sin tasa, y mucho mas cuando al tiempo que se decian los divinos oficios se acordaba que estaba privada de oír la voz de su hijo. Perseverando la señora en este triste ejercicio, no solamente de dia en la iglesia, sino tambien de noche en su casa, sin poder reposar; vencida una vez del cansancio, se quedó dormida, y en este sueño se le apareció el santo capitán Mauricio, y le dijo: ¿Por qué, mujer, estás continuamente llorando la muerte de tu hijo, sin poder poner fin á tantas lágrimas? Respondió ella: No son poderosos todos los dias de mi vida á dar fin á este mi llanto; y por esto mientras viviere, lloraré siempre á mi único hijo, ni cesarán estos ojos míos de derramar lágrimas, hasta que la muerte los cierre, y aparte de este cuerpo esta alma desconsolada. Replicó el Santo: Dígote, mujer, que no te afijas ni llores mas el hijo muerto, como si muerto fuese; porque no está muerto, sino vivo, y se está holgando con nosotros en la eterna vida: en señal de la verdad que yo te digo, levántate de mañana á los maitines, y oirás la voz de tu hijo entre las de los monjes que cantarán el divino oficio; y no solamente la gozarás mañana, pero todas las veces que te hallares presente á los divinos loores en la iglesia. Cesa, pues, y pon fin á tus lágrimas, teniendo antes ocasion de grande alegría, que de tris-

teza. Despertando la mujer, esperaba con deseo la hora de los maitines, por enterarse de la verdad, quedándole todavía alguna duda de haberlo soñado. Venida la hora, y entrando en la iglesia, reconoció la madre en el canto de la antífona la voz suavísima del bienaventurado hijo, segura ya de su gloria en el cielo; y desechando de sí todo el dolor, dió infinitas gracias á Dios, gozando de ella cada dia en los divinos oficios de aquella iglesia, consolándola Dios con esta ocasion, y enriqueciéndola con este don.

Cuenta un autor (1), que andando un dia á caza un caballero, salió una fiera, y fué en su seguimiento con solo un criado, porque los demás andaban ocupados en matar otras fieras; y como la siguiese con grande codicia, alejóse mucho, y llegó á un bosque, donde oyó una voz humana, y harto suave. Maravillóse de oír en un desierto tal voz, porque le parecia que no podia ser de sus criados, ni aun de otra persona de aquella tierra. Deseando, pues, saber qué cosa fuese aquella, entró por el bosque adentro, y halló un leproso espantoso en la vista, y muy asqueroso, el cual tenia tales sus carnes, que se iban deshaciendo en cada miembro y parte de su cuerpo. El caballero con tal vista quedó perplejo y espantado, em-

(1) Flores de Enriq. Grand. lib. 4, n. 68.

pero tomando fuerzas y osadía, se llegó á él, y le saludó con palabras muy dulces, y le preguntó si era él el que cantaba, y que de dónde le habia venido tan dulce voz. Respondió el leproso: Yo, señor, era el que cantaba, y tengo esta voz propia mia. ¿Cómo puedes alegrarte, dijo el caballero, teniendo tantos dolores? Respondió el pobre: Entre Dios mi Señor y yo no hay otro medio sino esta pared de lodo, que es este mi cuerpo, y rompido y quitado este impedimento, iré á gozar de la vision de su Majestad eterna; y como veo que cada dia se va deshaciendo á pedazos, me gozo, y canto con una alegría extraña de mi corazon, aguardando, como aguardo, el apartamiento de este cuerpo; porque hasta que le deje, no puedo ir á gozar de Dios, fuente viva, donde se hallan los manantiales que duran para siempre.

San Cipriano, *lib. de Mortalit.*, cuenta de un obispo, que como estuviese en una grave enfermedad muy al cabo, y fatigado y solícito con la muerte que tenia presente, y suplicase á Nuestro Señor que le alargase la vida; aparecióle un Ángel en figura de un mancebo muy hermoso y resplandeciente, y con voz grave y severa le dijo: *Pati timetis, exire non vultis; quid faciam vobis?* Por una parte temeis el padecer en esta vida, y por otra no quereis salir de ella; ¿qué quereis que os haga? Dándole á entender que no agra-

daba á Dios aquella repugnancia de salir de esta vida. Y dice san Cipriano, que le dijo el Ángel estas palabras, para que en su agonia las dijese y enseñase á los demás.

Cuenta Simeon Metafraste, y tráelo Surio, *tom. 1, fol. 237*, del santo abad Teodosio, que sabiendo el Santo de cuánto provecho es la memoria de la muerte, queriendo con esto dar ocasion á sus discípulos para su aprovechamiento, hizo que abriesen una sepultura, y abierta, púsose con sus discípulos al rededor de ella, y díjoles: Ya está abierta la sepultura; pero ¿quién de vosotros ha de ser el primero á quien habemos de celebrar aquí las honras? Tomó la mano uno de sus discípulos llamado Basilio, que era sacerdote, y de gran virtud, y así estaba muy dispuesto y preparado para elegir la muerte con mucha alegría, é híncase de rodillas, y dícele: Bendecidme, Padre, que yo seré el primero á quien se han de hacer aquí los oficios de Requiem. Él lo pidió, y el Santo se lo concedió. Manda el santo abad Teodosio que se le hagan en vida todos los oficios que se suelen hacer por los muertos, el primer dia, el tercero, el novenario, y despues otras honras á los cuarenta dias. ¡Cosa maravillosa! Al fin de las honras y oficio de los cuarenta dias, estando el monje Basilio sano y bueno, sin calentura ni dolor de cabeza, ni otro mal algu-

no, como á quien le viene un dulce y suave sueño, pasó al Señor á recibir el premio de su virtud, y de la prontitud y alegría con que habia deseado verse ya con Cristo Señor nuestro. Y para que se vea cuánto agradó á Dios esta prontitud y alegría con que este santo Monje deseó salir de esta vida, á este milagro se siguió otro. Dice Simeon Metafraste, que por otros cuarenta dias despues que murió, le vió el abad Teodosio que cada dia venia á las Vísperas, y cantaba en el coro con los demás discípulos, aunque los demás no le veian ni le oian cantar, sino solo uno que era entre los demás muy señalado en virtud, llamado Aecio: este le oia cantar, pero no le veia, y fuése al abad Teodosio, y díjole: Padre, ¿no oyes cantar con nosotros á nuestro hermano Basilio? Respondió el Abad: Óigo-le, y véole; y si quieres, yo haré que tú tambien le veas: y juntándose otro dia en el coro á los oficios, vió el abad Teodosio al santo monje Basilio cantando en el coro con los demás, como solia, y muéstrasele con el dedo á Aecio, haciendo juntamente oracion, pidiendo á Dios que abriese los ojos de aquel monje, para que él tambien le viese; y como le vió y conoció, vase luego á él corriendo con grande alegría para abrazarle; pero no le pudo coger, antes desapareció luego, diciendo en voz que todos le oyeron: Quedaos con Dios, padres y hermanos míos, quedaos

con Dios, que de aquí adelante no me veréis.

En la Crónica de la Orden de san Agustin, *centur. 3*, se cuenta de san Columbano el Mozo, sobrino y discípulo del santo abad Columbano, que como tuviese grandes calenturas, y llegase á la muerte, y él lleno de grande esperanza desease morir, aparecióle un mancebo resplandeciente, y díjole: Sábeta, que las oraciones y lágrimas que tu abad derrama por tu salud impiden que salgas de esta vida. Entonces querecióse el Santo amorosamente á su abad, y llorando le dijo: ¿Por qué me fuerzas á vivir tan triste vida como esta, y me impides ir á la eterna? Con esto el abad cesó de llorar y orar por él; y así juntándose los religiosos, y recibiendo los santos Sacramentos, y abrazándole todos, murió en el Señor.

San Ambrosio (1) refiere de los de Tracia, que cuando nacia los hombres, lloraban; y cuando se morian, hacian gran fiesta. Lloraban los nacimientos, y celebraban y festejaban el dia de la muerte, pareciéndoles, y con mucha razon, dice san Ambrosio, que los que venian á este mundo miserable, lleno de tantos trabajos, eran dignos de ser llorados; y que cuando salian de este destierro, era razon hacer fiestas y alegrías, porque se libraban de tantas

(1) Ambros. de fide resurrectionis.

miserias. Pues si aquellos siendo gentiles y paganos, y no teniendo conocimiento de la gloria que esperamos, hacian esto, ¿qué será razon que sintamos y hagamos los que ilustrados con la luz de la fe sabemos los bienes que van á gozar los que mueren en el Señor? Y así con mucha razon dijo el Sábio, que es mejor el día de la muerte, que el día del nacimiento: *Melior est dies mortis, die natiuitatis.* Eccles. vii.

San Jerónimo dice (1), que por esto Cristo Señor nuestro, queriéndose partir de este mundo para su Padre, dijo á sus discípulos que se entristecian: *Si diligeretis me, gauderetis utique, quia vado ad Patrem.* Joan. xiv. No sabeis lo que haceis; si me amáseis, antes os habíais de holgar, porque voy á mi Padre. Y por el contrario, cuando determinó Cristo resucitar á Lázaro, lloró. No lloró, dice san Jerónimo, porque era muerto, pues luego le habia de resucitar; sino lloró, porque habia de tornar á esta miserable vida: lloraba, porque aquel á quien habia amado tanto, habia de tornar á los trabajos de este destierro.

(1) Hieron. epist. ad Tirasium.

CAPÍTULO XXII.

De la conformidad que tenemos de tener con la voluntad de Dios en los trabajos y calamidades generales que nos envia.

No solamente tenemos de tener conformidad con la voluntad de Dios en los trabajos y sucesos propios y particulares nuestros, sino tambien en los trabajos y calamidades generales de hambres, guerras, enfermedades, muertes, pestilencias, y otras semejantes que el Señor envia á su Iglesia. Para esto es menester suponer, que aunque por una parte sintamos estas calamidades y castigos, y nos pese del mal y trabajo de nuestros prójimos, como es razon; pero por otra parte considerándolos en cuanto son voluntad de Dios, y ordenados por sus justos juicios, para sacar de ellos los bienes y provechos, que él se sabe, de su mayor gloria, nos podemos conformar en ellos con su santísima y divina voluntad: á la manera que vemos acá en un juez, que sentencia uno á muerte, que aunque por una parte lo sienta y le pese que aquel hombre muera por la natural compasion, ó por ser su amigo; pero por otra parte da la sentencia, y quiere que muera, porque conviene aquello para el bien comun de la república.

ca; y aunque es verdad que no nos quiso Dios obligar á que nos conformásemos con su voluntad en todas estas cosas, queriéndolas y amándolas positivamente, sino que se contentó con que las sufriésemos con paciencia, no contradiciendo ni repugnando á la justicia divina, ni murmurando de ella; pero dicen los teólogos y los Santos, que será obra de mayor perfeccion y merecimiento, y mas perfecta y entera resignacion, si el hombre no solamente lleva y sufre con paciencia estas cosas, sino las ama y las quiere, en cuanto son voluntad y beneplácito de Dios, y orden de la divina justicia, y que sirven para mayor gloria suya, como hacen los bienaventurados en el cielo, los cuales en todas las cosas se conforman con la voluntad de Dios, como dice santo Tomás (1), y lo declara san Anselmo con esta comparacion: dice, que en la gloria, nuestra voluntad y la de Dios serán tan concordantes, como lo son acá los dos ojos de un mismo cuerpo que no puede el uno mirar á una cosa, sin que el otro tambien la mire; y por esto aunque la cosa se vea con dos ojos, siempre parece una misma. Pues así como los Santos allá en el cielo se conforman con la voluntad de Dios en todas las cosas, porque en todas

(1) D. Bonaventur. 1 sententiar. dist. 48, quæst. 2 et alii; S. Thom. 2, 2, quæst. 19, artic. 10, ad 1; S. Anselm. lib. similitud. cap. 68.

ellas ven el orden de su justicia, y el fin de su mayor gloria á que van enderezadas; así será grande perfeccion que nosotros imitemos en esto á los bienaventurados, queriendo que se haga la voluntad de Dios acá en la tierra, así como se hace en el cielo. Querer lo que Dios quiere, por la misma razon y fin que Dios lo quiere, nunca puede dejar de ser muy bueno.

De san Agustin refiere Posidonio en su vida, que estando la ciudad de Bona, donde él residia, cercada de los vándalos, y viendo tanta ruina y mortandad, se consolaba con aquella sentencia de un sábio: *Non erit magnus, magnum putans, quod cadunt ligna, et lapides, et moriantur mortales:* No será grande el que pensare que es gran cosa que las piedras y los edificios caigan, y que mueran los mortales: con mas razon nos debemos nosotros consolar, considerando que todas estas cosas vienen de la mano de Dios, y que esa es su voluntad; y aunque la causa por que él envia estos trabajos y calamidades sea oculta, pero no puede ser que sea injusta. Los juicios de Dios son muy profundos: son un abismo sin suelo, como dice el Profeta: *Judicia tua abyssus multa,* Psalm. xxxv; y no lo tenemos nosotros de querer escudriñar ni investigar con nuestro bajo y corto entendimiento, que seria esto temeridad: *Quis enim cognovit sensum Domini, aut quis consiliarius ejus fuit?* Ad Rom. xi; Isai. xl.

¿Quién os hizo á vos de su consejo, para que os querais entremeter en eso? Sino habémoslo de reverenciar con humildad, y creer que del saber infinito no viene ni puede venir sino cosa muy acertada, y tan acertada, que el fin de ella sea nuestro mayor bien y provecho. Siempre hemos de ir en este fundamento, creyendo de aquella bondad y misericordia infinita de Dios, que no enviaria ni permitiria semejantes males y trabajos, si no fuese para sacar de ellos otros mayores bienes: quiere Dios llevar por este camino al cielo á muchos, que de otra manera se perderan. ¿Cuántos hay, que con estos trabajos se vuelven de todo corazon á Dios, y mueren con verdadero arrepentimiento de sus pecados, y se salvan, y de otra manera se condenarían? Y así lo que parece castigo y azote, es misericordia y beneficio grande.

En el libro segundo de los Macabeos, despues de haber contado aquella horrible y cruelísima persecucion del rey Antioco, y la sangre que derramó, sin perdonar á niño ni á viejo, á casada ni á doncella, y como despojó y profanó el templo, y las abominaciones que en él se cometian por su mandado; añade el autor, y dice: *Obsecro autem eos, qui hunc librum lecturi sunt, ne abhorrescant propter adversos casus, sed reputent ea, quæ acciderunt, non ad interitum, sed ad correptionem esse generis nostri.* II Mach. xii. Yo ruego á

todos los que leyeren este libro, que no desmayen por éstos acaecimientos adversos, sino que entiendan, que Dios ha permitido y enviado todos estos trabajos, no para destruccion, sino para enmienda y correccion de nuestra gente.

Dice muy bien san Gregorio á este propósito, lib. 2 *Mor.* c. 23: la sanguijuela chupa la sangre del enfermo, y lo que pretende es hartarse de ella, y bebérsela toda si pudiese; mas el médico pretende con ella sacar la mala sangre, y dar salud al enfermo. Pues eso es lo que pretende Dios por medio del trabajo y de la tribulacion que nos envia: y así como el enfermo seria imprudente, si no se dejase sacar la mala sangre, mirando mas á lo que pretende la sanguijuela, que á la intencion del médico; así nosotros en cualquier trabajo que nos venga, ahora sea por medio de los hombres, ahora sea por medio de otra cualquiera criatura, no habemos de imitar á ellas, sino al sapientísimo médico, que es Dios; porque todas ellas le sirven á él de sanguijuelas y de medios para evacuar la mala sangre, y darnos entera salud; y así habemos de entender y creer, que todo nos lo envia él para mayor bien y provecho nuestro; y aunque no hubiese en ello mas de querernos el Señor castigar en esta vida, como hijos, y no guardarnos el castigo para la otra, será esa gran merced y beneficio.

En la segunda parte, cap. 4 de la vida de santa Catalina de Sena se cuenta, que estando ella muy afiigida por un falso testimonio que le habian levantado, que tocaba en su honestidad, le apareció Cristo nuestro Señor, el cual tenia en su mano derecha una corona de oro, adornada con muchas margaritas y piedras preciosas, y en la siniestra otra corona de espinas, y dijola: Amada hija mia, sepas que es necesario ser coronada de estas dos coronas en diversas veces y tiempos: por tanto tú escoge cuál quieres mas, que en esta vida en que ahora vives seas coronada con esta corona de espinas, y esta otra preciosa te sea guardada para la vida que siempre ha de durar; ó que ahora te sea dada esta preciosa corona en esta vida, y para despues de tu muerte te sea reservada esta de espinas. Respondió la santa Virgen: Señor, ya yo negué mi voluntad mucho tiempo há, por seguir la tuya: por tanto no pertenece á mí escoger; pero si tú, Señor, quieres que responda, digo, que yo siempre en esta vida escojo ser conforme á tu santísima passion, y por tu amor quiero abrazar siempre penas para refrigerio mio: y dicho esto, tomó la corona de espinas en sus propias manos de la mano del Salvador, y púso-la con toda su fuerza sobre su misma cabeza con tanta violencia, que las espinas se la horadaron toda al rededor, en tal manera, que de allí adelante sentia muchos dias

actual dolor en la cabeza, de la entrada de las espinas en ella.

CAPÍTULO XXIII.

De un medio que nos ayudará mucho para llevar bien y con mucha conformidad los trabajos que el Señor nos envia, así particulares como generales, que es conocer y sentir nuestros pecados.

Doctrina es comun de los Santos, que suele Dios nuestro Señor enviar estos trabajos y castigos generales, comunmente por pecados cometidos, como consta de la sagrada Escritura, que está llena de esto: *Induxisti omnia hæc propter peccata nostra; peccavimus enim, et inique egimus... et præcepta tua non audivimus... omnia ergo, quæ induxisti super nos, et universa quæ fecisti nobis, in vero iudicio fecisti.* Dan. iii, 28, et seq. Y así vemos que castigaba Dios á su pueblo, y le entregaba en manos de sus enemigos cuando le ofendia, y le libraba cuando arrepentido de sus pecados hacia penitencia y se volvia á él; y por esto Aquior, capitan y príncipe de los hijos de Amon, habiendo declarado á Holofernes como Dios tenia la proteccion del pueblo de Israel, y que le castigaba cuando se apartaba de su obediencia, le dijo (1): Que antes de acometerle,

(1) Judith, v.